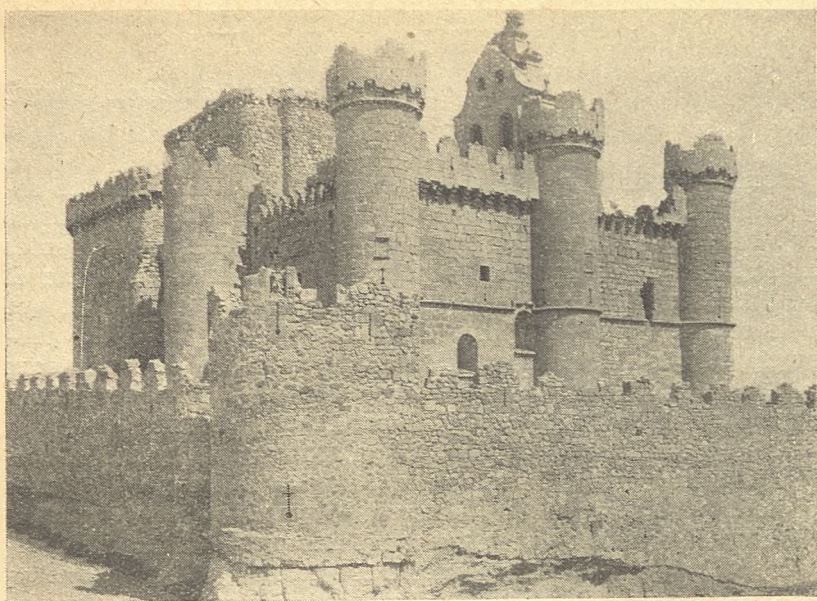




Castillo de Turégano.

Era sábado, y al llegar, a las once de la mañana, advertimos cómo el pueblo bullía aprestándose a celebrar el mercado semanal, que se sitúa en la plaza. Abundaban los labriegos de lugares comarcanos llegados para vender sus granos, tras peregrinar por los caminos con sus carros o, simplemente, cabalgando caballos y burdéganos. Dando vista ya a la plaza Mayor, contemplamos al fondo, o sea al lado oriental del caserío, el descollante Castillo, que, por su elevación en el alcor aledaño a las casas, presenta un golpe de vista majestuoso e incomparable. Situados en el lado opuesto de aquel gran cuadrilongo circundado de típicos soportales—la castiza plaza castellana—, permanecemos arrobados ante la belleza de tan sugeridor cuadro, que, como es sabido, tantos grandes pintores han interpretado, entre ellos Zuloaga y Zubiaurre, en lienzos que pronto se hicieron famosos.

Tras ascender por la pina cuesta, se penetra en el recinto de la fortaleza, después de observar que tanto el circuito exterior que la ceñía como el grandioso foso que debió de circuir la por tres de sus lados han desaparecido casi por completo. Y antes de atravesar la que fue segunda muralla o barbacana, recorremos el antiguo glacis, desde el cual se comprueba que las dimensiones de su fábrica son considerablemente mayores de lo que a primera vista y desde abajo parecen. Después resulta inevi-